



Lit. de J. Donon. Madrid.

MUJERES CÉLEBRES

SANTA LEOCADIA

SANTA LEOCADIA.

I.

Todavía tenemos que presentar á nuestros lectores nuevos cuadros de crueldad en verdugos, de celestial virtud en las víctimas, al narrar la historia de la virgen Leocadia, y de otras españolas, célebres por su santidad.

Diocleciano ceñía la púrpura imperial. Su implacable ódio á los cristianos necesitaba nuevas víctimas que ofrecer en holocausto á su religion impia: los poderosos del imperio las pedian como medida de alta política para la salvacion del Estado: el pueblo, como medio de aplacar las iras de sus falsos dioses; y todos para satisfacer su rencor contra aquella raza que enseñaba el camino del cielo con las eternas verdades del Crucificado. Incapaces de comprender el bien, pretendian ahogar en sangre el fantasma aterrador de sus crímenes, que se levantaba imponente y severo tras la mirada serena y tranquila que señalaba el postrer suspiro del mártir.

Por aquel entonces hallábase nuestra península dividida en tres grandes regiones, y la tarraconense que comprendia la vertiente oriental desde el Pirineo hasta la Bética, se hallaba gobernada por Daciano, digno representante de la nefanda corte de los Césares.

Audaz guerrero, de corazon helado, de intencion aviesa, y ciego ejecutor de los decretos imperiales, recibió la orden de la persecucion con jubiloso regocijo.

De Norte á Sur recorrió el territorio que le estaba confiado, señalando por todas partes con inocente sangre su camino. Su mirada era la señal que precedía al tormento; su breve palabra iba seguida de la muerte.

Los cristianos caminaban tranquilos al suplicio, con planta segura, serena la mirada, sonriente el rostro, tranquilo el corazón. La fe de Cristo rodeaba sus frentes de una aureola celestial, inundaba su pecho de dulce esperanza, impregnaba su alma de purísima resignación; y cuando el martirio despedazaba sus carnes, una mirada al cielo devolvía la tranquilidad á su atribulado espíritu, exhalando su postrer suspiro, entreabiertos los labios por una celestial sonrisa, al besar fervorosas el signo sacrosanto de nuestra redención.

Las pasiones mundanas pueden hacer héroes. Solo la religión eterna puede hacer mártires.

II.

Daciano, ébrio ya de crueldades, llegó á Toledo.

Era el año de gracia 303.

La sangre de los mártires enrojeció el foro de la ciudad, que ofrecía ancho campo para saciar su sed de esterminio al inhumano gobernador de la España Tarraconense.

Los hijos de la fe, sin embargo, brotaban bajo el riego de sangre de sus hermanos, como las espigas en campo fecundo.

Leocadia, la virgen de mirada tranquila, de faz risueña, de pura frente, tras las que se adivinaban las elevadas aspiraciones del pensamiento, parecía la escogida entre las doncellas del Tajo para ceñir sus sienes con la inmarcesible corona del martirio.

Educada por sus nobles padres bajo la salvadora égida del cristia-

nismo; formado su corazón en las sacrosantas máximas del Crucificado; idealizada su alma por los divinos preceptos de la religión de Jesús, el evangelio había llenado su espíritu de dulce paz, de caridad inagotable. Un santo recogimiento la alejaba de toda sociedad mundana, causando admiración su piedad y sus virtudes.

Daciano, al saber que Leocadia, descendiente de una familia noble y respetable, se había adquirido un nombre más ilustre todavía por su fervorosa creencia, se propuso arrancarla de aquel tranquilo estado, único que podía convenir al virginal corazón de la doncella, y pensó deslumbrar con las grandezas de la corte imperial aquella purísima inteligencia de ángel.

Vano empeño: el fausto, el lujo, la ostentación, sirven para alucinar y vencer los corazones débiles; los fuertes, en cambio, se aquilatan con la lucha, como el fuego que destruye la escoria, purifica y aquilata el oro.

III.

Las macizas puertas de la estancia del Prefecto, girando á impulsos de la mano vigorosa de uno de los lictores, dieron paso á Leocadia que, cubierta bajo los pliegues de una blanca túnica y cruzadas las manos sobre su seno, se adelantó ruborizada, pero con el valor de su fe, hasta las gradas donde se levantaba la silla de marfil de Daciano.

La mirada tranquila de la virgen se fijó por un momento en los verdugos que rodeaban al Prefecto, y un estremecimiento involuntario contrajo momentáneamente sus hermosas facciones. Alzó después al cielo sus ojos, y tornándolos al pavimento de mármol, reflejóse en su rostro la dulce tranquilidad de una santa resignación.

Con astutas frases procuró Daciano apartar á la santa de sus creencias valiéndose de promesas y lisonjas, pero hallando siempre muro invencible en la inalterable fè de la invicta confesora. En vano al ver el mal éxito de sus primeras tentativas recurrió á la intimidacion y á la amenaza: en vano desplegó ante la virgen toledana los horribles instrumentos del martirio; el Señor fortaleció el espíritu de la santa doncella, que contestaba siempre con acento tranquilo:

«Dios me anima, ¿qué son los sufrimientos de un instante, ante una dicha eterna? Para quien espera en el Dios verdadero, ¿qué es la muerte sino el principio de la vida, el tránsito del tiempo á la eternidad?»

El enojo de Daciano venció al fin sus primeros propósitos; y á una señal de aquel inhumano ejecutor de las órdenes imperiales, los verdugos con un encono tanto mas horrible cuanto menos motivado, desgarrando las vestiduras de Leocadia, destrozaron á fuerza de golpes repetidos aquellas delicadas carnes de mártir.

La sangre de la víctima manaba de sus heridas, y ni una queja salió de su boca, ni un ¡ay! de dolor se escapó de sus pálidos labios.

Una alegría sobrenatural inundó como radiante luz su tranquilo semblante, y los eternos consuelos de la religion cristiana se derramaron como benéfico bálsamo sobre su purísimo corazón.

Privada de sentido y casi exánime fué conducida á un húmedo calabozo, mientras Daciano meditaba nuevos medios para que abjurase Leocadia de la religion cristiana; pero ni el temor de nuevos y mas terribles suplicios, ni el relato de los tormentos de las Santas Eulalias de Mérida y Barcelona, que con inícua intencion le repetian á cada instante los enviados del Prefecto, fueron bastantes para entibiar siquiera por un momento sus inalterables creencias religiosas.

Los tormentos de aquellas santas eran un nuevo motivo para asegurar mas y mas en sus creencias á la doncella toledana, que solo pedia á Dios fuerzas para imitar á las vírgenes barcelonesa y emeritense, en los momentos supremos del martirio.

Con fervorosas plegarias pedia al Señor la concediese aquel ins-

tante solemne de combate y de triunfo, y el momento anhelado llegó al fin. Postrada de rodillas sobre el frio pavimento, fija en el cielo su mirada y su pensamiento en Dios, Leocadia trazó con su dedo sobre la superficie áspera y desigual del muro el signo sacrosanto de nuestra redencion, y dejó de existir.

El Señor la dispensaba de dar nuevamente público testimonio de su ardiente fè.

Era el 9 de Diciembre, y los paganos arrojaron al campo los tibios restos de la santa doncella para que sirviesen de pasto á los hambrientos buitres; mas los cristianos movidos de justo fervor religioso, esperaron las tinieblas de la noche para no ser sorprendidos, y recogiendo el cadáver de Leocadia, le dieron sepultura en un parage cercano. De este modo «concedióla el Señor su peticion, trasladando á su gloria el inmaculado espíritu de su Sierva, que con el horror de la cárcel, lóbreguez, inmundicia, hambre, sed y malos tratamientos, sufridos por la fè, mereció la corona de verdadera mártir¹.»

¹ Florez: España sagrada, tom. 6, página 310.

El himno del breviario muzárabe, espresa de este modo las penas que sufrió la virgen Leocadia.

Hec namque Virgo nobilis
Exorta claro germine,
Confessa Christum fortiter,
Penas libenter pertulit.
Corrupta jussu Præsidis
Vaccis ligatur ferreis:
Ut vinculorum pondere
Fides Puellæ cederet.
Illic per abstinentiam
Christo placere cogitans,
Laudum rependit gratias,
Precumque defert victimas.
Sed mox Beate Eulaliæ
Mortem sacram comperit:
In carcerali vinculo
Cælo refudit Spiritum.